

Una presentación tradicional

Jaime Locutura

Sección de Medicina Interna,
Hospital General Yagüe
Burgos (España)

Era la primera vez que el doctor Terribilis, residente de tercer año de Medicina Interna, acudía al congreso anual de la especialidad. Su jefe, que le había conseguido financiación para poder asistir, le había indicado que no esperara aprender mucho, pero que le venía bien empezar a conocer gente: «Ya sabes, la mayoría va a lucirse, pero lo importante es hacer pasillo, darte a conocer».

El segundo día del congreso llegó un poco tarde (las diez, y el programa señalaba el comienzo a las nueve), ya que la noche anterior había ido a cenar con unos compañeros de carrera. En cualquier caso observó que era el único de los seis miembros de su servicio que había llegado al congreso. Al entrar en la sala del plenario observó que había unas cincuenta personas; recordó que había mil inscritos. El orador estaba presentando unos datos de los que dedujo que se trataba de la primera ponencia, que según el programa tenía que haber terminado a las 9 h 30 min.

A las 12 h acabó la primera mesa redonda (hora prevista: 11 h) y fueron a tomar café (en el programa, por cierto, ponía *coffee-break*). Allí se encontró con su jefe; tras los saludos le indicó que fuera a las 13 h a la sala B, ya que un amigo suyo presentaba una ponencia sobre *Pneumocystis* en VIH. Él no podía ir, pero seguro que iba a resultar muy interesante; además, le dijo, era un tema sobre el que se podía plantear hacer su tesis doctoral y le vendría muy bien ver «por dónde iban los tiros». Al final le dijo que no dejara de saludar de su parte al ponente.

Acudió primero a otra sala donde se hablaba de otro tema que le interesaba más. A las 12 h 45 min se trasladó a la sala B, para estar a tiempo, y se sentó en la segunda fila. Al cabo de unos minutos se enteró de que estaba hablando el

segundo orador de la mesa, compuesta de cuatro miembros. El tercer orador habló durante 35 minutos, aunque el tiempo que le habían asignado era de 20. Por fin, a las 13 h 30 min empezó a hablar el amigo de su jefe. Comenzó a tomar notas.

- 13 h 30 min. El orador, mirando alternativamente a la pantalla, en la que no se proyectaba nada más que la luz del proyector, y al suelo comienza a manifestar (después de decir: «no puedo dejar de ser reiterativo, como mis ilustres antecesores, a los que quiero felicitar por sus brillantes exposiciones») sus agradecimientos a los organizadores del congreso, al moderador de la mesa y al laboratorio que permitía con su generosa financiación que se celebraran reuniones tan provechosas.

- 13 h 33 min. A continuación, tras solicitar la primera diapositiva y proyectarse un texto sobre sarcoma de Kaposi (el orador aclara que tiene otra charla por la tarde sobre esa tema y que se le ha «colado» esa diapositiva porque «no ha tenido mucho tiempo»), dice: «Como es habitual, vamos con retraso, por lo que intentaré ser breve; de todas maneras, lo que voy a decir está en el libro de ponencias. A mí me han encargado que en veinte minutos os dé unas nociones acerca de....». Son las 13 h 37 min.

- 13 h 40 min. Después de indicar que es un tema acerca del cual existe abundante bibliografía y que él y su grupo lo único que han pretendido es revisar su propia experiencia, comienza la exposición de material y métodos. Tras señalar que las características sociodemográficas de los pacientes incluidos son en todo similares a las de todas las publicaciones españolas, se proyectan cuatro diapositivas, alguna con doce líneas y siete columnas sobre fondo de cuatro colores, en las que se detallan la edad —indicando con gran énfasis el ponente que la media es 1,2 años más elevada que en otras series—, el sexo, la vía de infección del VIH y los tratamientos previos; la última diapositiva de la serie no está muy claro de qué trata, ya que el orador comenta, como curiosidad, que dos de los pacientes tenían más de 70 años y hace un chiste, con poca gracia, al respecto.

- 13 h 47 min. Quince diapositivas con los resultados de la revisión realizada. Reiteración de la expresión «son en todo semejantes a los obtenidos por Fulanito». El orador no ve bien un rincón de la pantalla desde su posición, y en una ocasión

dice que cree «que el porcentaje es de alrededor de un 15 o 20 por ciento».

- 14 h 07 min. Tras decir: «Ya voy a acabar; creo que solo me quedan seis o siete diapositivas» y pasar tres de ellas sin hacer otro comentario que «la siguiente, la siguiente, otra», el orador expone datos de la bibliografía al respecto, reiterando la concordancia de sus datos con los publicados. Al final comenta que en un número reciente de la *Revista...* se ha publicado una excelente revisión del tema con 1300 pacientes incluidos (15 veces más que la serie presentada).

- 2 h 15 min. Final: «Aunque el moderador no me ha llamado la atención, veo que es tarde; aunque

con más tiempo hubiéramos podido hacer una exposición más completa, como todos tenemos hambre, lo dejamos. Las conclusiones son: ...». A continuación cuatro diapositivas de dos líneas cada una, leídas punto por punto por el ponente.

- 2 h 18 min. «La siguiente». Pantalla en blanco. «Esta era la última. Muchas gracias».

El doctor Terribilis se levantó; al darse la vuelta vio que en la sala quedaban unas doce personas.

A la hora del café su jefe le abordó: «¿Qué tal la charla? ¿A que hace muy buenas diapositivas? Ya sabes, a empezar la tesis, y en un par de años presentas tus datos en el congreso, haciéndolo tan bien como mi amigo».

La narración siguiente tiene una historia curiosa. En el programa radiofónico español *La Ventana*, que se emite por la Cadena SER, el escritor Juan José Millás dirige un espacio en el que anima a los oyentes a enviar cuentos, cada semana sobre un tema. Estas colaboraciones se comentan, se leen las más logradas, y la mejor, a juicio de quienes realizan el espacio, procura a su autor un lote de libros y un jamón de Teruel.

A comienzos del pasado marzo se produjo una sorprendente singularidad: en 18 de los 35 relatos presentados aparecían referencias a un medicamento desconocido, llamado Surbitón Complex. Millás, entre perplejo y divertido, leyó varios de ellos, sin poder explicarse lo que había sucedido ni contener la risa cada vez que llegaba al nombre del fármaco. El jamón se lo llevó uno de los cuentos *surbitonianos*, «Era amor», de Isabel Cañelles.

Poco a poco, ha ido desvelándose el misterio: se trataba de un golpe de mano perpetrado por integrantes de la lista de correo Escritura creativa, moderada por la propia Cañelles, que se habían confabulado para «tomar» el espacio del escritor utilizando todos la misma palabra-contraseña. Pero, ¡ay!, sólo lo consiguieron aquella vez, y ayudados por la sorpresa. Por más que intentaron repetir la *performance*, Millás ya los había calado, y no hubo forma. Reproducimos uno de estos relatos, relacionado con el ámbito hospitalario, de la escritora y traductora madrileña Berna Wang, que fue, además, quien ideó el nombre Surbitón Complex.

Como un globo azul

Berna Wang

Cuando se despertó, una enfermera le estaba pinchando una vena en el dorso de la mano para conectarla a un gotero. «¿Qué me están haciendo?», preguntó con un hilo de voz. «Has tenido suerte, guapa: si en vez de noventa kilos llegas a pesar cincuenta, no estarías aquí. Ya te hemos vaciado el estómago y ahora te estamos poniendo Surbitón Complex y suero salino.» «Pero no me han sacado la tristeza», alcanzó a pensar antes de dormirse de nuevo.

Estuvo tres días semiinconsciente, unida a la vida sólo por el delgado tubo de goma que salía de aquel aparato y que iba introduciendo gota a gota el Surbitón en su cuerpo. Tan débil que ni siquiera intentó arrancarse el tubo. Por fin, al cuarto día apagaron el gotero y quitaron el tubo de goma de la aguja que tenía en el dorso de la mano. Pero, «por si acaso hace falta, te dejamos la vía abierta», y le dejaron puesta la aguja con el tubito de plástico rígido y un tapón rojo, como los de los flotadores.

Nadie pensó que volviera a intentarlo tan pronto. En realidad, nadie pensó que tratara de suicidarse en una sala de cuidados intensivos, sometida a vigilancia casi permanente. Pero esa noche, en un momento en que la enfermera no estaba a la vista, se quitó el tapón. Y se deshinchó como un globo, de golpe, rebotando furiosamente en las paredes de la habitación hasta quedarse debajo de la mesilla. Como un globo azul, pequeño, arrugado, vacío.